

Regeneración

Periodico Revolucionario

LOS ANGELES, CAL., SABADO 16 de Septiembre de 1916

NUMERO 244.

16 de Septiembre de 1810.

Esta fecha tiene la peculiaridad de henchir de entusiasmo el pecho de más de un mexicano. Es que ella nos recuerda a todos los que nacimos en México, que hubo una noche, la noche del 15 al 16 de Septiembre de 1810, en la que vibró como un clarín de combate el grito viril de un hombre que en sus últimos pasos por la senda de la vida, halló fuerza para empujar a todo un pueblo a la rebelión.

La palabra libertad! ha tenido siempre el privilegio de hacer latir con más fuerza el corazón del oprimido; por ella suspira el esclavo; ella vive en los labios del presidiario como una plegaria de todos los días, de todas las horas, de cada minuto, de cada instante. Es la palabra-luz que ilumina las lobreguezes del turgurio; es la palabra-color que tinte de rosa la monotonía de una existencia incolora. El minero la evoca en sus tinieblas; el peón la balbucea sobre el surco; el obrero sueña en ella al pie de la máquina, y el albañil, cuando en el andamio oscila entre la vida y la muerte, la escucha como una música preñada de promesas y de esperanzas.

Nada de extraño hay en que la palabra libertad! pronunciada por los pálidos labios de un anciano, haya brillado con resplandor en la noche del 15 al 16 de Septiembre de 1810, y que fuera saludada por los gritos entusiastas de todos los oprimidos. Libertad! Palabra que significa mucho, y que al mismo tiempo nada significa. Significa mucho si descansa en hechos; palabra vana cuando es un mero sonido.

Sonido, un simple sonido, armonioso y bello tal vez; pero nada más, fué la palabra libertad!, el grito libertad! escapado de la garganta de Hidalgo la noche memorable en el pueblo de Dolores, porque si bien es cierto que produjo la independencia política de la nación mexicana, no produjo al mismo tiempo la libertad de los mexicanos. México rompió las cadenas que lo ligaban a España; pero los mexicanos no rompieron las cadenas de la dependencia económica; el pobre continuó siendo pobre; el trabajador siguió dependiendo del rico bajo la República, como dependió de él bajo el Virreinato; el proletario continuó trabajando para el burgués, el sacerdote y el gobernante como lo hizo antes. La Independencia política no produjo al trabajador mexicano ni un pedazo más de pan ni un girón más de libertad, porque no fué acompañada de la Independencia económica de todos y de cada uno de los componentes del pueblo mexicano. La libertad deja de ser una simple palabra y se convierte en hecho, cuando tiene por base la independencia económica, esto es, la facultad de ganarse la subsistencia y la de la familia por medio de un trabajo útil, sin necesidad de alquilar los brazos.

Por esta independencia hay que luchar; la independencia económica, que ella nos dará la libertad. No hay, pues, que dejar las armas, mientras no se conquiste la independencia económica. Dejemos de celebrar fiestas a una libertad que no existe, a una libertad que es sólo una palabra y no un hecho, porque esto es añadir el sarcasmo a la vergüenza de ser esclavos.

RICARDO FLORES MAGON.

El pensamiento, sin la acción, es infecundo. La idea, por sí sola, es impotente para efectuar el progreso; necesita del brazo para convertirse en hecho.

El compañero de origen francés, Emilio Henry, fué un convencido de la acción que tuvo el valor de convertir en hechos sus pensamientos. El discurso que sigue fué pronunciado por él ante el jurado que lo sentenció a muerte. Las viriles palabras del mártir inyectan energía y valor. Helas aquí:

SEÑORES JURADOS:

Vosotros conocéis los actos de que estoy acusado; el de la explosión de la vía de los Bons Enfants que mató cinco personas y ocasionó la muerte de una sexta; el de la explosión del café Terminus, donde murió una persona, ocasionó la muerte de una segunda y las lesiones de algunas más, y, por último, los seis tiros de revólver disparados por mí contra los que me perseguían, después de este último acto. El curso del proceso os ha demostrado que yo me reconozco el autor responsable de estos actos. Por lo tanto, no os hablo en mi defensa, os aseguro que de ninguna manera pretendo rehuir las reprobaciones de la sociedad que he atacado. En fin, yo no reconozco más que un solo tribunal: mi conciencia; el veredicto de cualquiera me es por completo indiferente. Sólo deseo daros la explicación de mis actos, el por qué y los medios de que me valí para realizarlos.

No hace tiempo que soy anarquista. A mediados del año de 1891 fué cuando comencé a tomar participación en el movimiento revolucionario. Antes de esa fecha viví empapado en el ambiente de la moral del día, estando acostumbrado a respetar y amar los principios de patria, familia, autoridad y propiedad.

Mas, los educadores de esta generación olvidan demasiado que la vida con sus luchas, sus desilusiones, sus injusticias y su iniquidad, se encarga indisciplinadamente de abrir los ojos a los ignorantes y de mostrar la realidad de las cosas. Esto fué lo que me ocurrió a mí, a mí como les ocurrirá a todos. Me habían dicho que la vida era fácil y estaba libremente abierta a la inteligencia y a la energía, y la experiencia me demostró que sólo los niños y los malvados pueden encontrar un buen puesto en el banquete del cotidiano vivir. Me habían dicho, también, que las instituciones sociales estaban basadas sobre la justicia y la igualdad, y yo no encontré en mi camino otra cosa que la mentira y el soborno. Cada día que pasaba, me arrancaba una ilusión; a cualquier sitio adonde iba era testigo de los dolores de unos y los placeres de otros, no tardando de esta manera en llegar a comprender que las grandes palabras que me habían enseñado a venerar,—honor, abnegación, deber,—no eran otra cosa que una máscara puesta sobre la más vergonzosa iniquidad.

El usurero que acumula una fortuna colosal a expensas del obrero, quien carece de todo, es un señor honrado; el diputado y el ministro, cuyas conciencias están siempre dispuestas a la corrupción de la oferta, son las gentes amantes del bien público; el oficial que experimenta el nuevo modelo de fusil en un niño de siete años, cumple con su deber, y en pleno parlamento recibe la felicitación del presidente del Consejo.

Todo esto que ví, me repugnó, y mi espíritu se le dio a criticar la organización social, crítica que siguió rápidamente su camino después de comenzada, bastándome decir, para abreviar, que en corto tiempo llegué a ser el enemigo de una sociedad que juzgué criminal.

Adherido por un momento al socialismo, no tardé en alejarme de ese partido. Sentía mucho amor por la libertad, mucho respeto hacia la iniciativa individual, mucha repugnancia por el ejército matriculado del Cuarto Estado, para formar parte de él. Concluyendo: comprendí que el socialismo no cambia en nada el actual orden de cosas, porque no va al fondo de ellas. Mantiene el principio de autoridad, principio que está en contradicción con lo que creen sustentarlo los que se dan el nombre de libre-pensadores, porque no es otra cosa que un viejo residuo de la fe en una potencia superior.

Con el estudio científico me fui iniciando en el juego de las fuerzas naturales. Concluí por ser materialista y ateo: había comprendido que la hipótesis "Dios" estaba descartada de la ciencia natural, la cual no necesitaba de ella para explicar la vida. La moral religiosa y la autoritaria, basadas sobre lo falso, debían, pues, desaparecer. ¿Cuál era entonces la nueva moral en armonía con las leyes de la naturaleza que debía regenerar al viejo

mundo y crear la humanidad feliz....?

Fué entonces cuando entré en relaciones con algunos compañeros anarquistas, a quienes considero aún como los mejores que he conocido. Aprecié en ellos una gran sinceridad, una franqueza absoluta, un desprecio profundo por todos los prejuicios, y procuré conocer la sublime idea que hacía de estos hombres seres completamente diferentes a todos los demás que había conocido.

Esta idea encontré en mi cerebro terreno adaptadísimo para recibirla, dadas mis observaciones y mis reflexiones personales. Ella no hizo en mí otra cosa que precisar lo que yo poseía de vago e indeciso. Vine a ser en seguida un anarquista.

No me toca explicar aquí lo que es la doctrina anarquista. Sólo me concretaré a bosquejar su lado revolucionario, su aspecto destructor y negativo por el cual comparezco ante vosotros.

En estos momentos de lucha encarnizada entre la burguesía y sus enemigos, estoy tentado de decir con Souvarine de Germinal: "Todos los razonamientos sobre el porvenir son delictuosos, pues impiden la destrucción pura y simple, y obstaculizan el camino de la revolución."

Después de que una idea ha madurado y ha encontrado una fórmula, se necesita, sin más tardar, procurar su realización. Yo estaba convencido de que la organización social actual era deficiente, y decidí luchar contra ella para apresurar su desaparición. Llevé a la lucha un odio profundo, revivido cada día por el espectáculo nauseabundo de esta sociedad donde todo es bajo, ficticio, tóxico; donde todo es obstáculo a la expansión humana, a las tendencias generosas del corazón, a la libre emisión del pensamiento, y me decidí a luchar tan justamente, pero tan fuertemente como pudiese.

Seguí con mucha atención los sucesos de Carmaux. La primera noticia de la huelga me llenó de alegría al ver que los mineros estaban dispuestos a renunciar a la huelga pacífica por inútil, pues que en ella el trabajador espera pacientemente que sus míseros centavos triunfen de los millones de las compañías. Parecía que aquellos obreros se habían echado a una vía de violencia que se afirmó resueltamente el 15 de Agosto de 1892. La oficina y los edificios de la mina fueron invadidos por una muchedumbre cansada de sufrir; la justicia iba a ser hecha; el ingeniero, tan odiado por los trabajadores, iba a morir, iba a morir cuando las personas "solicitas", que nunca faltan, se interpusieron en la obra. ¿Quiénes eran? Los mismos que hacen fracasar todos los movimientos revolucionarios, porque temen que una vez lanzado el pueblo a la revuelta, no quiera obedecer más sus mandatos; los mismos que empujan a millones de hombres a pasar privaciones durante meses enteros en espera de una candidatura, quiero decir, los directores socialistas. Estos hombres eran los que habían echado mano de la dirección del movimiento.

Se vió en un momento precipitarse sobre el pueblo una nube de señores, bravos charlatanes que se entrometieron en la huelga organizando subcripciones, dando conferencias, apelando por todas partes en busca de dinero. Los mineros abdicaron cobardemente su iniciativa en las otras manos. Lo que ocurrió, ya lo conocemos: la huelga se prolongó eternamente, los mineros entablaron íntimas relaciones con el hambre, su habitual compañera, y consumieron el pequeño fondo que tenían de reserva junto con el de las otras corporaciones que vinieron en su ayuda, y, por fin, después de dos meses de miseria, con las orejas gachas, más miserables que antes, volvieron a su antigua cárcel. ¿No habría sido más simple que desde un principio hubieran atacado a la Compañía por su lado sensible: el dinero; quemarle el depósito de carbón, destruirle la máquina de extracción, demolerle la bomba de abastecimiento? Ciertamente que la Compañía habría capitulado sin tardar; pero esa táctica anarquista no es admitida por los pontífices del socialismo. En este juego se arriesga la cárcel e ¡quién sabe! si una de aquellas balas que tantos milagros hicieron en Fourmies, todo, en fin, menos un puesto legislativo.

En breve, el orden por un momento turbado, reino de nuevo en Carmaux. La Compañía siguió más potente que antes y los señores accionistas se felicitaron del buen resultado de la huelga. Los dividendos volverían a caer como pan del cielo.

Entonces fué cuando me decidí a agregar a este concierto de acentos felices, una voz ya conocida por la burguesía, pero que la creían muerta con Ravachol: la voz redentora de la dinamita.

Yo he querido demostrar a los burgueses que

nunca volverán a disfrutar de felicidad completa; se practicó en masa; se dió caza a todos aquellos que sus triunfos insolentes serán turbados; que el becerro de oro se bambolea sobre su base, y que no está lejano el día en que caerá empapado en su propia sangre, derribado por un golpe definitivo.

Al mismo tiempo quise hacer comprender a los mineros que sólo hay una categoría de hombres, los anarquistas, que sienten sinceramente sus sufrimientos y están prontos a vengarlos. Estos hombres no van ciertamente al parlamento como los señores Guesde y compañía; pero van a la guillotina.

Preparé, pues, mi bomba. Por un momento acudí a mi memoria la acusación lanzada a Ravachol: las víctimas inocentes. Resolví muy pronto la cuestión. La casa donde estaban las oficinas de Carmaux no era habitada más que por burgueses; no habría, pues, víctimas inocentes. La burguesía toda vive de robar a los desgraciados, y, por lo tanto, toda ella debe pagar los daños de su crimen.

Con esta certeza absoluta de la justicia de mi acto, puse la bomba a la puerta de la oficina de la Compañía.

En el curso de este proceso he explicado los medios de que me valí para que en caso de que la bomba fuese descubierta, explotase en el cuartel de la policía, atacando siempre de esta manera a mis enemigos, haciéndoles comprender que tienen una deuda con la justicia y que la tienen que saldar.

He aquí las razones que me han hecho cometer el primer acto de que se me acusa. Pasemos al segundo.

Vine a París en la época del atentado de Vaillant. Asistí a la represión formidable que siguió a aquel atentado; fuí testigo de las medidas tiránicas adoptadas por el gobierno contra los anarquistas. Por dondequiera se ejercía el espionaje, se hacían pesquisas y arrestos. Aquellas batidas de caza terminaban siempre con el arresto y prisión de un número de anarquistas. ¿Qué era de las mujeres y los hijos de estos compañeros durante su prisión? Ninguno se preocupaba de su suerte. Los anarquistas no eran considerados como hombres, sino como bestias feroces batidas en todas partes y contra quienes la prensa burguesa, esa vil esclava de la fuerza, pedía en todos los tonos el exterminio.

En la misma época, los periódicos y folletos libertarios eran secuestrados y el derecho de reunión era prohibido. Más todavía: cuando la policía quería apoderarse de un compañero, un espía ponía, una noche cualquiera, un paquete de aserrín—según ella decía—en la habitación del compañero, y al día siguiente, en virtud de una orden dada dos días antes, se hacía un registro en esa habitación, y en vez del paquete de aserrín, se encontraba un paquete de pólvora o materia sospechosa. De esta manera, el compañero era arrestado y condenado a tres años de presidio. ¿Creeis que esto no es verdad? Preguntádselo al miserable delator que se introdujo con el compañero Meriguetaud.

Y como coronamiento a esta cruzada, el señor Raynal, Ministro del Interior, no tuvo inconveniente en declarar en plena Cámara que, las medidas adoptadas por el gobierno habían obtenido un excelente resultado en cuanto a sembrar el terror en el campo anarquista. Pero no fué eso todo: se condenó a muerte a un hombre que no había matado a nadie. Como se necesitaba mostrar encono hasta el último momento, una hermosa mañana lo guillotinaron.

Pero, ¡oh, señores burgueses, vosotros confiásteis bastante en vuestra fuerza. Vosotros arrestásteis a centenares de individuos, violásteis numerosos domicilios; pero había todavía hombres, por vosotros ignorados, quedados en la sombra, que presentaban vuestra caza de anarquistas y que no esperaban otra cosa que el momento oportuno para dar caza a los cazadores.

Las palabras del señor Raynal eran un desafío hecho a los anarquistas; el guante fué recogido. La bomba del café Terminus es la respuesta a todas vuestras violaciones de la libertad, a todas vuestras persecuciones y arrestos en masa contra los extranjeros, a vuestras condenas, a vuestras guillotinas.

Mas, ¿por qué—diréis vosotros—emprenderla contra pacíficos consumidores que están escuchando la música, y que además, ni son diputados, ni magistrados, ni funcionarios al servicio del orden?

¿Por qué? Sencillamente porque la burguesía ha hecho un montón de todos los anarquistas. Un hombre solo, Vaillant, había lanzado una bomba; nueve, entre diez compañeros, no le conocían ni tenían relaciones con él. A pesar de todo, la persecución

que tenafn relación con los anarquistas o eran sus simpatizadores. Y bien; si vosotros hacéis responsable a todo un partido de los actos de un solo hombre, ¿por qué nosotros no hemos de culpar en masa cuando a nosotros en masa se nos culpa? Debémos nosotros emprenderla solamente con los diputados que hacen las leyes para nuestro daño, con los magistrados que las aplican, con los policías que nos arrestan? Yo creo que no.

Todos estos hombres no son otra cosa que instrumentos que no obran en su propio nombre, sino que sus funciones están instituidas por la burguesía para su defensa. Ellos no son, pues, más responsables que cualquier otro. Los burgueses que sin estar revestidos de ninguna función son, sin embargo, los que las instituyen; los buenos burgueses que viven en la ociosidad a costa del trabajo de los obreros, deben también sufrir su parte en las represalias. Y no sólo ellos, sino todos aquellos que están satisfechos con el actual estado de cosas; todos los que aplauden los actos del gobierno y se hacen sus cómplices; todos esos empleados de 300 a 500 mil francos que odian al trabajador más, mucho más, que los propios burgueses, toda esa masa estúpida y pretenciosa que se arrima siempre al lado del más fuerte, y que es la clientela habitual del café Terminus y de otros grandes cafés.

He ahí por qué he tirado al montón sin pararme a escoger mis víctimas. Se necesita que la burguesía comprenda que todos aquellos que han sufrido, son al fin y al cabo despertados por el propio sufrir, y enseñan los dientes y matan, matan tan brutalmente cuanto más sea la brutalidad usada con ellos, y que si no tienen ningún respeto por la vida humana, es porque la misma burguesía es siempre la primera en provocar la fuerza usándola contra los débiles y desheredados. No corresponde a los asesinos de la semana sangrienta y de Fourmies tratar a los otros de asesinos.

Si los rebeldes no respetan a las mujeres y a los hijos de los burgueses, es porque tampoco se respetan a los hijos y a las mujeres que ellos aman. ¿No son por ventura víctimas inocentes aquellas mujeres y aquellos niños que mueren de anemia, la enfermedad del pobre, porque el pan es escaso en casa; aquellas mujeres que padecen en el trabajo por ganar cuarenta centavos al día, felices cuando la miseria no las obliga a prostituirse; esos ancianos, de los cuales habéis hecho máquinas de producción por toda su miserable vida y a quienes arrojáis a un hospital cuando sus pobres fuerzas no permiten ya ser explotadas? Tened, al menos, la franqueza de reconocer vuestro delito, señores burgueses, y convenid que nuestras represalias son legítimas, hijas de nuestro dolor y de nuestra miseria.

En verdad que no me forjaré ilusiones acerca de mi proceder. Yo sé que mis actos no serán comprendidos todavía por la masa insuficientemente preparada, aun por los mismos trabajadores por los cuales he luchado y que, extraviados por las declaraciones de vuestra prensa, me creen su enemigo. Mas, esto nada me importa. Firme en mi idea, no me preocupan las apreciaciones que de mí se hagan. No ignoro, tampoco, que existe una gran porción de anarquistas que se dan prisa a negar toda solidaridad a los propagandistas del hecho. Esa clase de gente pretende establecer una distinción entre los teóricos y los terroristas. Demasiado viles para sacrificar la propia vida, reniegan de aquellos que la sacrifican en aras de algo grande y generoso. Esto nada importa, pues la influencia que ellos pretenden tener sobre el avance del movimiento revolucionario, es nula. Hoy, el campo pertenece a la acción, sin piedad ni vacilaciones.

Alejandro Herzen, el revolucionario, ha dicho: "O una cosa o la otra: elevarse a justicieros y caminar hacia adelante, o transigir y vacilar en medio de la calle."

Nosotros no queremos transigir ni vacilar, y nuestro proceder se dirige siempre hacia adelante, mientras la revolución, finalidad de nuestros esfuerzos, no venga a coronar la obra nuestra haciendo al mundo libre y a la humanidad feliz.

En esta guerra sin piedad que tenemos declarada a la burguesía, nosotros no pedimos piedad alguna. Nosotros matamos; nosotros sabemos también sufrir la muerte. Así, pues, espero con indiferencia el resultado de vuestro veredicto.

Yo sé que mi cabeza no será la última que certaréis; otras como la mía caerán también, porque los muertos de hambre empiezan a conocer el camino de vuestros grandes cafés, Terminus y Foyot. Vosotros habéis ahogado en Chicago, decapitado en Alemania, agarrado en Jerez, fusilado en Barcelona, guillotinado en